

Volver a empezar

Fuiste el único que me devolvió una mirada cómplice cuando di la noticia en la once familiar. “¿A estas alturas?”, dijo mi mamá. “Ya lo intentaste tantas veces antes”, siguió mi papá con tono severo. Para dar el toque final, mi hermana dice en voz queda: “Ahora tienes un hijo”. Luego de una serie de comentarios de este tipo, que no supe confrontar por el miedo que me daba mi decisión reciente, tú tomaste la palabra con firmeza: “Janeth tiene todo mi apoyo, juntamos un poco de plata para pagar la carrera, yo voy a cuidar al niño mientras ella no esté y cuando no pueda, queremos dejárselo a alguno de ustedes, si es que nos pueden echar una mano. Pero está decidido, ella va a estudiar, quiere darle una mejor calidad de vida a nuestra familia”.

Sabíamos que desde el principio no iba a ser fácil. Yo quería estudiar en la noche para no dejar de trabajar, pero tú me pediste que confiara en ti, encontraste un lugar donde ganar un poco más, buscamos la manera de recaudar algo con nuestros pequeños emprendimientos, pero yo no debía dejar de ver a mi hijo. Estudiar durante el día me permitió llevarlo al jardín en la mañana y luego irme a clases, donde conocí a la Cynthia, que sería mi compañera leal por el resto de la carrera. El primer día estaba muy nerviosa, con treinta años encima parecía estar haciendo el ridículo, esperaba encontrar compañeros mucho menores que yo.

Cuando tenía esa edad entré a la universidad la primera vez, recuerdo que había una señora que se sentaba al fondo de la sala y al momento de presentarse, dijo que trabajaba y estudiaba. No se hizo amiga de nadie, era demasiado mayor, se limitaba a ir a clases, hacer sus deberes y volver a la casa. Al decidir estudiar de nuevo tantos años después, entré en pánico cuando el profesor nos propuso hablar de nosotros mismos. Esa vez me tocaba a mí ser la señora mayor que siempre estaba sola. Pero apareció la Cynthia, sentada dos filas adelante mío, que se dio vuelta cuando me presenté y sonrió. Desde ese día fuimos inseparables, teníamos la misma edad, pero ella no tenía hijos y aún vivía con sus papás. Con el paso de los días me di cuenta de que era desordenada, prestaba poca atención en clase, miraba su celular todo el tiempo y se reía sola, hablaba con todos los compañeros, a diferencia mía, que me escudé en la timidez para no parecer tonta frente a los demás. Era muy insegura, ¿cómo después de tantos años me iba a acordar de las fórmulas matemáticas? Hasta se me había olvidado cómo dividir. Me compré una calculadora, lápices, estuche, cuadernos, como en los viejos tiempos. Noté que la forma de mi letra cambió, ahora era más grande, puede que me haya vuelto más segura.

Ese semestre me di cuenta de que era más sencillo retomar el ritmo del estudio de lo que creí. Mis notas no eran espectaculares, pero sí a un nivel aceptable. No solo me reencontré con los útiles escolares, los apuntes, los resúmenes, los destacadores. También volví a estar frente a una cerveza barata, en pubs ruidosos y no del todo limpios. La risa de la Cynthia era contagiosa, su compañía me subía el ánimo y a veces, me dejé influenciar por su tendencia a dejar todo para última hora. Eso nos cobró la cuenta después, supe que lo tenía bien merecido. Tu cara dolida cuando llegué tarde a la casa un par de veces, o quedarme hasta las cinco de la mañana escribiendo un trabajo que después el profe casi nos tira por la cabeza. Admito que a veces dejé a compañeros esperando mi parte del trabajo, y ellos de todas formas agregaron mi nombre en la portada, pero los profesores se daban cuenta. Decidí dejar ese ritmo, fue una agradable visita al ayer en mi época de universidad, pero hoy era diferente, hoy debía asegurarme el futuro que no pude tener porque me embaracé mientras cursaba la carrera anterior. Respiré profundo y me senté frente al computador, dispuesta a retomar el tiempo perdido. Se me hizo de noche varias veces tomando apuntes desde los libros de la biblioteca, incluso volví a fumar por un tiempo, pero lo dejé cuando terminó la época de exámenes. Seguí llegando tarde a la casa, pero ahora tú lo entendías porque mi expresión era distinta, estaba agotada. No voy a negarte que me enojé muchas veces contigo, era difícil para ti tener siempre la actitud de contención que uno necesita para emprender estos caminos. Discutimos, sentí que me perdía parte del crecimiento de mi hijo. Pero al final del día, conversábamos y tú me envolvías con tus brazos cálidos, dormíamos profundamente, poco, tal vez cuatro horas, pero estábamos juntos y nos fortalecíamos.

Cuando terminé el primer año, te echaron del trabajo. No sabíamos qué hacer, te propuse dejar los estudios para salir adelante, no me dejaste. Querías que siguiera, incluso parecías quererlo más que yo, fortaleciste la voluntad que muchas veces no tuve, cuando estaba estresada, cuando solo quería desistir. Encontraste otra pega, no tan buena, pero era algo. Al final del verano me enfermé, y tuvimos que gastar mucha plata. Me di cuenta de que no podía seguir siendo una carga para ti. Tomé mis documentos, y partí. Me matriculé en vespertino, y el mismo día, rearmé mi currículum con la ayuda de la red de apoyo y la bolsa de trabajo que tienen en la universidad. Encontré un trabajo, igual que tú, ni bueno ni malo, pero tenían flexibilidad con mis estudios y nos alcanzaba para vivir. La Cynthia se quedó en jornada diurna por un semestre, tuve que empezar mi vida social desde cero.

En los cursos encontré personas mucho más maduras, que hacían los trabajos en grupo a conciencia, y nos ayudábamos mutuamente cuando alguno no tenía tiempo para estudiar.

En esa época apenas vi la luz del día. Me encontré muchas veces llorando junto a la cama de mi niño, porque el horario me hacía llegar tan tarde que no lo encontraba despierto. En todas esas ocasiones pusiste tus manos sobre mis hombros, me acariciaste y me obligaste a levantarme, todo esto iba a tener sus frutos algún día. Ese año me amanecí más aún que el anterior. Ya estaba acostumbrada, dormir ocho horas era algo extraño, incluso sentía que era un lujo, con todo lo que había que hacer, incluso los fines de semana. Guardaba esos días para los trámites que no podía hacer en otro momento. Descansaba lo suficiente, pero en ocasiones esa no era una opción. A veces tenía que estudiar sábado y domingo, mi hijo se paraba a mi lado en el escritorio y trataba de distraerme, de repente le hacía caso, pero otras veces no podía, y con el corazón roto te miraba llevártelo a otro lado para que me pudiera concentrar.

Decidí reunir energías para el impulso que necesitaba. Último semestre, ya no faltaba nada. En conjunto con mis compañeros más leales y responsables, y una Cynthia ya mucho más madura, sacamos adelante informes que muchas veces no estuvieron al nivel de la exigencia, pero lo seguimos intentando, nos esforzamos cada vez más para lograr lo que se esperaba de nosotros. Sí tuve que dar examen en algunos ramos porque realmente no tuve el tiempo suficiente para estudiar, pero di lo mejor de mí, todos lo saben. Tú lo sabes, y también nuestro hijo. Cuando cerré el último ramo, no lo podía creer. De verdad estaba lista, solo tenía que buscar una práctica. En mi trabajo me ofrecieron cambiar de cargo para hacerla, fue todo bastante simple. Tuve que sacrificar el verano, pero valió la pena. Estuvimos un poco al tres y al cuatro con nuestra plata, y logramos sobrevivir.

En marzo tenía el certificado de título en la mano. Mi jefe me citó a la oficina y miró el documento detenidamente. “Hay una vacante que tiene que ver con lo tuyo, Janeth, y no quiero traer a otra persona de afuera, sé cómo trabajas y te creo muy capaz, ¿lo tomas?”. He contado toda mi experiencia desde que empecé este difícil proceso, y aun así no encuentro las palabras para describir lo que sentí en ese momento. Solo puedo decir que entendí el motivo de todas y cada una de las dificultades y desafíos que me encontré en el camino. Logré algo que sin mis estudios no podría haber tenido.

Nuestra situación cambió, nuestro hijo entró a un colegio con buen prestigio, y este año queremos buscar casa en un barrio mejor. Ahora estamos en la carretera camino al sur, nos tomamos nuestras primeras vacaciones después de mucho tiempo, con un respaldo en el bolsillo y la tranquilidad de saber que el futuro es mil veces mejor de lo que habríamos esperado antes. Te noto algo avergonzado, hace poco la empresa donde estabas cerró y tienes que buscar trabajo otra vez, todo lo que haremos en este viaje lo voy a pagar yo. Te digo que mereces esto, porque tú te encargaste de todos nuestros gastos alguna vez. Después de estar en silencio casi una hora contemplando el paisaje, me miras sin decir nada aún. Me doy cuenta, y te pregunto qué pasa. Respiras profundo, y murmuras: “Quiero volver a estudiar igual que tú”. Al principio me sorprende, pero al momento bajo la velocidad, detengo el auto al costado de la carretera y te miro de vuelta. Nuestro hijo duerme tranquilo en el asiento de atrás. Estás llorando, tienes miedo, te sientes culpable porque tu vida laboral ha sido difícil. Envuelvo tus manos con las mías, beso tu frente y te tranquilizo. “Es la mejor decisión que has podido tomar. Te voy a dar todo el apoyo que tú me diste. Lo he vivido y te digo aquí y ahora: yo fui capaz, hazlo, mi amor, se puede, de verdad se puede”.

Por Sofía Contreras